



Hervé Kempf

Cómo los ricos destruyen el planeta

Buenos Aires, Capital Intelectual,

2011, 176 pp.

Fernando Tula Molina¹

Con este libro H. Kempf busca ayudar a comprender que la crisis ecológica y la crisis social son “dos caras de un mismo desastre” (12). Su principal agente es “la oligarquía depredadora” y su doble influencia nociva: (i) Por la depredación directa de recursos (más allá de las capacidades de recuperación de los ecosistemas), y (ii) Por su atractivo cultural. En cualquier caso, más allá de las responsabilidades, el tema central es que todos enfrentamos “elecciones en términos de consumo material”, para lo que es necesario “articular la preocupación ecológica con un profundo análisis político de las actuales situaciones de dominación” (13).

En términos del filósofo H. Jonas lo que está en juego son “las condiciones de posibilidad de vida humana” (13). Ante esto es necesario unir el principio ecológico (“pensar globalmente, actuar localmente”) con el principio que se impone a partir de nuestra situación actual: “consumir menos, repartir mejor” (14). Kempf relata su entrevista con el científico inglés J. Lovelock (n. 1919), para quien la Tierra funciona como un mecanismo autorregulado (Teoría Gaia), y quien observa que “la actual tasa de extinción de especies es 100 veces superior al promedio de los tiempos geológicos... con pronóstico de que se acelere 100.000 veces” (17). En el año 2006, “de las 40.177 especies estudiadas, 16.119 se encontraban en peligro de extinción”; el Millenium Ecosystem Assesment señala que “desde 1980 se perdieron el 35 % de los manglares y el 20 % de los arrecifes de coral” (25). Y, en

¹ Doctor en Filosofía (UNLP), Investigador (CONICET), Profesor (UNQ). ftulamolina@gmail.com

cuanto al cambio climático, “el único objetivo realista es intentar reducir emisiones para limitar el calentamiento a 2 o 3 grados”, luego de lo cual “el sistema puede dispararse de modo irreversible” (21).

La contaminación también forma parte de las malas noticias. Un tercio de la superficie del globo “se ha convertido en tierra agrícola, otro tercio está en vías de transformación agrícola, urbana o de infraestructuras” (25); sólo China aumenta su urbanización “un millón de hectáreas por año”; y ello más allá de que el río Amarillo se seque todas las primaveras y “300 millones de personas beban aguas contaminadas”, y de que “la contaminación del Yang-Tse-Kiang haga peligrar la provisión de agua potable para Shangai” (32). Por su parte, en los mares “flotan 18.000 trozos de plástico por kilómetro cuadrado” y se calcula que en el centro del Pacífico flotan “3 kg de residuos por 500 gr de plancton!” (28). Un agente contaminante persistente, como el PCB, se traslada con los salmones hacia los lagos de Alaska, siendo sus cadáveres causa de la contaminación de sus lechos (28). En general, la acidificación del agua “reduce la capacidad del coral y del plancton para producir la cubierta calcárea” por lo que se tiende a la “desaparición de los organismos provistos de conchas” (34). Pero lo peor es que la contaminación también está en la leche materna (“350 tipos diferentes de agentes contaminantes detectados en Alemania en estudios sobre varios años”), y aparecen muestras pequeñas de contaminación en “todos los análisis de suero sanguíneo de los países desarrollados” (29); los químicos se absorben a través del agua, los alimentos o la atmósfera, lo cual tiene una relación directa con “el aumento regular de cánceres y el descenso de la esperanza de vida” (30).

El punto es que no se trata de crisis separadas sino que hay una “sinergia orientada hacia la degradación”, la cual es “funcional a intereses particulares” (35) que llevan a la idea de crecimiento y consumo sin fin. Sin embargo, es una ilusión, “si China e India alcanzan el nivel de consumo de Japón (un país sobrio dentro de los desarrollados), consumirían 138 millones de barriles diarios de petróleo, cuando en 2005 eran 82 millones” (36).

De este modo, la única función del ideal de desarrollo sustentable consiste en “mantener las ganancias y evitar el cambio”, un “arma semántica para deshacerse de la mala palabra ecología” (41). Efectivamente, podemos preguntarnos: ¿es necesario desarrollar aún más países como Francia, Alemania o Estados Unidos? Sea cual fuere la respuesta, lo cierto es que hay también buenas noticias como la recuperación de algunas especies, o el aumento de la agricultura biológica, “pero el curso principal está

mal orientado y no hay más tiempo [...]; enfrentamos la necesidad (no la opción) de cambiar el rumbo en los próximos 10 años” (41). Este cambio, claro está, debe hacerse a pesar de la resistencia de los poderosos, pero en la conciencia de que la solución vía crecimiento es una opción falsa, dado que “el crecimiento económico no paga el costo de la degradación del medioambiente” (43).

Ahora bien, la tesis de Kempf es que un cambio significativo requiere unir el problema ecológico con el problema social superando, de este modo, tanto el ecologismo ingenuo como la parálisis de la izquierda; sin ello no podrá revertirse la tendencia mundial hacia la pobreza, la cual aumenta incluso en los países más desarrollados: en Suiza en 2005 había 1 millón de pobres cuando en 2003 eran 850.000; Alemania tenía por debajo de la línea de pobreza al 12,1 % de la población en 1998 y al 13,5 % en 2002. En ese año Gran Bretaña tenía en 22 % de pobres, Estados Unidos 23 % y Japón 25 % (55). A nivel global, 1.000 millones de personas están en la pobreza absoluta (menos de 1 dólar diario) y otros 1.000 millones con menos de 2 dólares diarios; 1.100 millones de personas no poseen agua potable, y 2.400 millones “carecen de estructura sanitaria” (57). Por otra parte “1/3 de los habitantes urbanos del mundo (3.000 millones) vive en villas miserias” (58), con tendencia “a acentuarse y expandirse” (59).

Cuando Kempf habla de problema social se está refiriendo a la desigualdad, la cual alcanza en Estados Unidos “niveles que no se veían desde 1980”; entre 1979 y 2000 “el aumento en los hogares más pobres fue de 6,4 %, mientras que en los más ricos fue de 70 %” (61). La pobreza se acentúa en la misma medida en que la riqueza se concentra. En 1990 los directivos ya “ganaban 2,6 veces el salario medio” (diluyendo la esperanza de acercarlos) y, a nivel de países, “el ciudadano estadounidense medio era 38 veces más rico que el de Tanzania, mientras que hoy es 61 veces más rico” (64). Kempf citará a L. Chavel para acentuar la transformación que sufre la pobreza: “antes se trataba de ancianos que pronto iban a desaparecer, mientras hoy son ante todo jóvenes, llenos de futuro en la pobreza” (62).

De este modo, “pobreza y crisis ecológica van de la mano” (70); en palabras del –primer y actual– Ministro de Medioambiente chino, Zhou Shenxian: “el medioambiente se ha convertido en una cuestión social que estimula las contradicciones sociales” (67). Por ejemplo, “las hidroeléctricas favorecen a las ciudades, mientras la población rural puede perder acceso a la tierra y a la pesca” (68); y, a escala global, “los gases de efecto invernadero provienen de los países más ricos, pero sus consecuen-

cias son globales” (68). ¿Qué es posible hacer frente a esta desastrosa, compleja y conflictiva situación? La respuesta es otro punto medular de Kempf, al observar que “pobreza” no es un término absoluto sino una relación con la riqueza (66). Esto permite una vía para revertir la desigualdad en una política que tienda a disminuir los ingresos mayores, con el fin de “disminuir el ingreso medio y, de este modo, la pobreza”. Una política contra la desigualdad, por otra parte, también “buscaría fortalecer los servicios colectivos, independientemente de los ingresos individuales” (65), procurando mejorar la situación material de los pobres.

Kempf pretende ofrecer un relato no dramático pero donde los datos ilustren la gravedad de la situación. Veamos ahora los números sobre las ganancias. En la escala de ejecutivos mejor pagos tenemos que “descender hasta el número 79 para bajar del millón de euros anuales” (72); por su parte, en la década 1995-2005 “los 435 miembros de los comités directivos de las empresas de CAC 40 aumentaron el 33 % sus ingresos mientras el poder adquisitivo de los salarios fue de 1,4 %” (75). Así, las 500 personas más ricas “tienen más dinero que los 416 millones más pobres del mundo” (76); en 2005 “los 26 dirigentes mejor pagos se enriquecieron, en promedio 363 millones de dólares, 45 % más que en 2004” (77). Por su parte, los dirigentes locales “han negociado su participación en la depredación planetaria, volviendo accesibles los recursos naturales a las multinacionales” (77). Esta clase opulenta utiliza los paraísos fiscales “para sugerirles a los Estados que bajen la fiscalización sobre los ricos” (78); así fue como los empresarios alemanes “lograron que Schröder suprima el gravamen de 52 % sobre la plusvalía en la venta de participaciones” (78). Esta riqueza opulenta exige cada vez “mayor aislamiento y exigencias de seguridad” (88).

Ahora bien, ante esta situación existen todavía dos agravantes. En primer lugar los límites biosféricos frente a los cuales el poder económico se volvió ciego (tanto en lo referido a la injusticia manifiesta, como al envenenamiento de la biósfera), “limitando las oportunidades de las generaciones futuras” (90). Pero, en segundo lugar —y éste es a mi juicio un punto central del libro—, la depredación está motorizada no sólo por los megarricos, sino también por nosotros mismos en nuestros deseos de emulación. Ésta es la tesis de Thorstein Veblen (1857-1929), para quien “la economía está dominada por la propensión a la emulación, como rasgo de la naturaleza humana” (92). En una ruptura radical, tanto con el capitalismo como con el marxismo, Veblen plantea que la producción no es insuficiente y que “el régimen natural de las sociedades no es la privación” (95), no son nuestras necesidades, “sino el juego social lo que

no tiene límites” (94). De lo que se trata es de transformar “las reglas económicas en reglas de consumo” (94). El razonamiento de Veblen se puede ampliar para países, lo que “explica el querer emular al más rico de todos, Estados Unidos.” (102). De todos modos, la clase media comienza a darse cuenta “de que su sueño de ascenso social se está diluyendo... y ve abrirse la frontera hacia los pequeños empleados y obreros” (100). Bajo este diagnóstico cobra relevancia la propuesta de Bowls y Park de gravar impositivamente a los grupos de referencia de consumo; esto tendría dos ventajas: (i) Aumentar el bienestar de los menos favorecidos, (ii) Limitar la emulación en cascada (102).

La constatación en 1980 de que la desigualdad aumentaba “acabó con la idea de un vínculo inexorable entre igualdad y crecimiento (T. Piketty)” (104). Y, por lo ya señalado, el crecimiento: (i) Agrava la desigualdad, (ii) Sólo reduce la pobreza cuando ésta es insoportable y prolongada (p.e. China), (iii) Agrava la crisis ecológica. Por lo tanto, “o se muestra que tales afirmaciones son falsas o se cuestiona el crecimiento”. Y, si bien esta conclusión de la mayoría de los especialistas se acepta en voz baja “porque el crecimiento es la única excusa de la oligarquía para que no se cuestionen las desigualdades extremas” (107), Kempf aclara que cuestionar el crecimiento no implica “alcanzar un crecimiento cero”, sino “encaminarse hacia el decrecimiento material”; y esto último le parece fundamental, porque “si el crecimiento fuera inmaterial la riqueza económica podría aumentar sin degradar los ecosistemas”, pero ya sería un “mundo diferente”. Pero en este mundo tomar en cuenta la ecología “supone reducir el consumo” (108), detener el crecimiento material “para salir de la trampa mortal en la que nos encerró la clase ociosa” (108).

A continuación Kempf argumenta de modo sumamente lúcido y original sobre quiénes tendrían que decrecer. En su opinión, si bien los megarricos derrochan en exceso, “colectivamente no tienen peso”, la clase opulenta “influye un poco más, pero todavía es insuficiente”; su mirada busca números más significativos y nos conduce a considerar los 1.000 millones de habitantes de Estados Unidos, Europa y Japón, los cuales suponen el 20 % de la población mundial que “consume el 80 % de la riqueza”. Es esta faja la que debe modificar su pauta de consumo; y no únicamente “los viles de la cúpula superior” sino fundamentalmente su núcleo central: “los 500 millones de clase media mundial” (109) (donde aclara, él mismo y muchos de sus lectores estarían incluidos).

Pero no se trata sólo de conciencia y voluntad de cambio dado que, luego del desplome de la Unión Soviética, el ideal de libertad democrática dejó

de ser funcional a la oligarquía mundial. Después del 11-S decidió “des-hacerse de las democracias y las libertades públicas”. Esto se concreta en la rúbrica de la Patriot Act que extiende a todos los ciudadanos estadounidenses “los procedimientos reservados para los espías extranjeros” (grabación de comunicaciones, mail, requisas sin orden, informaciones médicas, bancarias, etc.) (114). La Unión Europea se plegó a esta regla y comenzaron a proliferar leyes antiterroristas que avalan la videovigilancia, la fotografía y seguimiento sistemático, la apertura de ficheros de comunicaciones, etc. Lo importante es “que los occidentales tengan miedo [...]”; Estados Unidos se declara una nación en guerra... lo que justifica reacomodar los derechos humanos” (119-120). Esta tendencia se manifiesta en tres grandes políticas:

- I. Cárcel para los pobres: Estados Unidos tiene 738 encarcelados cada 100.000 habitantes” (121) —más de 4 veces la cifra de 2005 y 7 veces más que Francia—. Pero la población carcelaria es dispar. Tomando en cuenta sólo la comprendida entre 25 y 29 años, el 11,9 % son afroamericanos, 3,9 % hispanos, y 1,7 % blancos. Por su parte, el miedo “hace que las clases medias y populares pidan más seguridad y acepten la reducción de las libertades públicas” (121).
- II. Criminalización de la oposición: como manifestación de la negativa a realizar referéndums sobre los temas sobre los que la población ya tiene cierta conciencia (como sobre OGM, residuos radioactivos o megaminería); y recurso al secreto de defensa para no discutir temas menos conocidos como “el efecto de los aviones con motor nuclear EPR en caso de caída” (123). La indignación se considera “vulgar, la opinión divergente se reduce a militancia, y la crítica a los poderosos es vista como anticuada” (130).
- III. Vigilancia Digital: a partir de 1990 “las cámaras de videovigilancia se multiplicaron como hongos”. El Reino Unido de Tony Blair contaba con 25 millones de cámaras en 2007, “una cámara cada 2 adultos” (125). Se desarrolló el sistema llamado Mosquito, que emite una frecuencia sólo audible por adolescentes, “para dispersarlos de los lugares de reunión” (126). Pero el *hit* es el trasponedor, etiquetas o dispositivos “de radiofrecuencia con información de identificación” (127).

Un ejemplo de esto último sería: “La chaqueta Tex 987328765, comprada el 12/11/2006 a la 17:8 en Carrefour Meyland, pagada con Visa de Gisèle Chamber en Grenoble, ha pasado por Gran-Place hoy a la 8:42, ayer a las 11:20 y el lunes pasado a las 9:05. Se la asocia con el libro *30 recetas para adelgazar en familia*, de la biblioteca del centro de la ciudad...” (127). En la actualidad los sensores pueden leer a 100 m, pero “lo mejor es que

el transponedor esté en el cuerpo de cada persona” (128). Esto va de la mano del bum en identificación biométrica y de los servicios ofrecidos por muchas telefónicas para “saber dónde están sus hijos” o para “recibir un mensaje de alerta cuando entren en una zona de vigilancia” (129).

Kempf va a finalizar señalando las dificultades que enfrenta este necesario “tránsito hacia una sociedad sobria en los próximos 10 años” (139): (i) La idea de crecimiento como única posibilidad de solución de los problemas sociales, (ii) La idea de que el progreso tecnológico resolverá los problemas y (iii) La idea de la fatalidad del desempleo. En conjunto “evitan los cambios de comportamiento colectivo” (140). Y todo esto en un interjuego de fuerzas: las autoritarias buscando aprovechar las catástrofes para mayor restricción a las libertades, las de los movimientos sociales (que resultan insuficientes si no consiguen movilizar a las clases medias y a parte de la oligarquía —la cual no es monolítica—), y los medios (dentro de los que se podría esperar una escisión con una parte informando hacia la libertad) (142).

Aun así, su optimismo se basa en que “estamos viviendo una nueva fase donde cada vez más personas tienen conciencia de que hemos alcanzado el límite y que se debe pensar en otra forma de relación entre naturaleza, espacio y futuro” (143). Esto ya ha comenzado, desde los movimientos de Seattle en 1999, y la organización progresiva del Foro Social Mundial... hacia “relaciones sociales más basadas en la cooperación que en la competencia” (143).

